contra ellos, ayudados de los mexicanos y aunque no los vencieron los echaron de sus tierras y cesaron las contiendas; y para que mejor se entiendan estas cosas pondré aquí el origen de sus guerras, no siguiendo la puntualidad de el tiempo ni de los años, porque entre ellos andan también confusos, pero las esenciales y de más cuenta fueron en los del reinado de Motecuhzuma, desde luego que comenzó a reinar, y así se dicen algunas en este año.

CAPÍTULO LXX. *Del origen y principio que tuvieron las guerras de los mexicanos con los de la provincia de Tlaxcallan*

Y A DECIMOS EN EL LIBRO DE LAS POBLACIONES, cómo estos tlaxcaltecas poblaron mucha parte de las tierras marítimas y apartadas de estas sus comarcas y por esta causa salían a tratar y a contratar con ellos, de donde traían oro, cacao, cera, algodón, ropa, miel y pluma rica, así de papagayos como de otras aves que por aquellas partes se criaban y otras cosas de riqueza que ellos mucho estimaban; por lo cual vino a ser este reino o provincia de Tlaxcalla de las mayores y de más estimación de las que por entonces había en esta tierra; y como siempre es odiosa la honra y buena fortuna para aquel que la desea y no la alcanza, tuvieron envidia de la prosperidad de Tlaxcalla todas sus convecinas, como fueron Cholullan, Huexotzinco, Quauhquechollan, Itzucan, Tecalpan, Tepeyacac, Tecamachalco y otras que por allí había, cuyos moradores siempre habían hecho amistad a los de aquella república; pero la sediciosa ambición que no duerme en los corazones de los ambiciosos pudo tanto en estas gentes, que faltando en el amor que les tenían lo convirtieron en odios y enemistades, haciéndose con los mexicanos para descomponerlos; porque como hemos visto, en el largo discurso de su historia, habiéndose aliado los aculhuas y mexicanos y entre ellos hubiese habido tanta amistad y concordia pudo, con esto, ir en crecimiento su imperio y señorío. Y no contentándose con lo que era suyo proprio pretendieron hacerse señores de los otros. Esto comenzó en Itzcohuatl y fue prosiguiendo en Motecuhzuma Ilhuicamina y luego en Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, los cuales fueron formando ejércitos muy cuantiosos con que fueron conquistando y ganando muchas tierras y provincias y sujetándolas a su señorío; porque con las muchas gentes que juntaban atemorizaban toda la tierra, y así unas provincias se les ofrecían de paz y otras a fuerza de guerra; y de esta manera rindieron la mayor parte de este nuevo mundo. Y como los tlaxcaltecas viesen la prosperidad y pujanza de estos mexicanos culhuas, y recelasen poder venir sobre ellos lo que veían en sus vecinos, trataron entre sí de ponerse en arma contra su mala intención, viendo el poderío tan grande que se había levantado en Mexico; y porque no les entrasen por ninguna parte determinaron de guardar y conservar sus tierras (sin pretender las ajenas, ni codiciarlas) mostrando paz con todos, como siempre la habían tenido.

Mas aunque estaban con estos recatos y prevenciones y usaban de este aviso, de querer tener paz con todos, no les valió, para que movidos de envidia los huexotzincas y cholultecas y otras provincias sujetas a los tenuhcas mexicanos no procurasen con astucias y mañas impedir la contratación de los tlaxcaltecas, por todas las partes que pudieron, haciéndoles recoger en sus tierras, y para más incitar a los tenuhcas y moverlos a ira hicieron falsas y siniestras informaciones contra ellos, diciéndoles cómo los tlaxcaltecas se iban apoderando de muchas provincias de las que ellos habían ganado y tenían por suyas, así por amistad como por contratos, especialmente las provincias de Cuetlaxtla, Tuztlan, Cempohuallan, Cohuatzacualco, Tabasco y Campech y con ellas otras muchas y lugares marítimos, que éstos les avisaban por la obligación que les tenían, que mirasen por sí, y lo más que convenía en ello. Lo cual, entendido por los tenuhcas y persuadiéndose a que podía ser así (por tener como tenían a los tlaxcaltecas por belicosos) viéndolos señores de lo más poblado de la tierra, y que a su imitación querían hacer otro tanto, pareciéndoles que el mando no permite igual, para remediar un tan grande estorbo y impedimento, procuraron de apoderarse de toda la Totonacapan y de las provincias de los tohueyos, xalapanecas, nauhtecas, mexcaltzincas y otras muchas que caen hacia la costa y Mar de el Norte que son muchas, sólo a fin de impedir la entrada que podían hacer estos tlaxcaltecas en ellas, estorbándoles las contrataciones y granjerías que tenían en todas estas tierras. Y porque no pasasen adelante procuraron de necesitarlos de muchas riquezas como en efecto lo hicieron. Y como los de Tlaxcalla viesen que de todo punto se declaraba la enemistad contra ellos, de parte de los tenuhcas mexicanos, trataron de defender su partido por la vía mejor que pudiesen, aunque como era mayor el poder de los mexicanos que el suyo procuraron de venirse poco a poco recogiendo a sus tierras, perdiendo la libertad que tenían de las contrataciones; y puestos en esta controversia, consultaron de enviar sus embajadores a los príncipes mexicanos pidiéndoles les hiciesen merced de darles la razón por qué los trataban tan mal y se movían a hacerles guerra, no habiéndoles dado ocasión para ello, ni de que sus gentes fuesen maltratadas de los suyos, estorbándoles sus contrataciones, quitándoles sus mercaderías y haciéndoles otros muchos males y desafueros.

A esto, respondieron los tenuhcas que el gran señor de Mexico era señor universal de todo el mundo y que todos los nacidos eran sus vasallos y que como a suyos los había de reducir a sí, para que le reconociesen por señor; y que los que no le quisiesen reconocer por tal, dándole la obediencia por bien, que los había de destruir y asolarles las ciudades hasta los cimientos y poblarlas de otras gentes; por tanto que procurasen de tenerle por señor y sujetársele, pagándole tributo y pecho como las otras provincias lo hacían; y que si por bien no quisiesen hacerlo iría sobre ellos y los destruiría. A esto respondieron los embajadores, diciendo: señores muy poderosos, Tlaxcalla no os debe vasallaje, ni desde que sus moradores salieron de las siete cuevas jamás reconocieron con tributo ni pecho a ningún rey ni príncipe del mundo, porque siempre han conservado su libertad; y como

no acostumbrados a esto, no querrán obedecer al rey de Mexico, y antes morirán que tal cosa, como ésa, consientan; y entendemos de su ánimo invencible que eso que les pedís querrán pediros a vosotros, y sobre ello derramarán más sangre que derramaron en la guerra de Poyauhtlan cuando la tuvieron con vuestros antepasados los nuestros; y así nos volvemos, con la respuesta que nos habéis dado, a dar razón de vuestro intento. De esta manera y con este recado volvieron a Tlaxcallan estos embajadores, y oída por el senado la ambiciosa respuesta se admiraron, y de allí en adelante vivieron sobre aviso para resistir cualquiera adversidad de fortuna que les viniese.

Habiendo, pues, los mexicanos sujetado la mayor parte de este nuevo mundo, y no teniendo que ganar desde la Mar del Sur a la del Norte y todo lo tuviesen por suyo, procuró su rey venir contra Tlaxcalla para rendirla y sujetarla como a los demás que le reconocían; y ya que no pudieron con halagos y engaños a los principios, comenzaron a acometerlos por todas partes con escuadrones formados, y tanta batería les dieron que los vinieron a acorralar dentro de pocos años en sus propias tierras y provincia, donde los tuvieron cercados más de sesenta años, necesitándolos de todo lo que humanamente los pudieron necesitar; porque no tenían algodón con que vestirse, ni oro ni plata con que adornarse, ni pluma ninguna con que engalanarse, ni cacao para beber, ni sal para comer; de todo esto (como decimos) carecieron por tiempo de más de sesenta años y quedaron de este cerco tan habituados a no comer sal, que hasta muy pocos años ha no la sabían comer, ni se les daba nada por ella, ni aun los hijos que se criaron luego que entraron los españoles en la tierra no la comían, aunque ya con la muchedumbre y abundancia que de ella hay, y por ver que los otros la comen, la usan ellos.

Volviendo a nuestro propósito, digo: que puestos en este cerco tenían siempre y muy de ordinario crueles guerras con los mexicanos, acometidos de todas partes; y como estos mexicanos no tuviesen otros tan continuos y tan conocidos enemigos y tan vecinos, muchos de los que querían huir de su tiranía venían a favorecerse a esta provincia, que estaba como en frontera, para hacer guerra al mexicano, y de esta manera se vinieron los xaltocamecas, algunos otomíes y chalcas donde fueron acomodados y recibidos por moradores de ella, dándoles tierras en que viviesen con cargo que los habían de reconocer por señores pagándoles tributo y terrazgo; demás de que habían de estar muy a la continua en arma para defender sus tierras, porque los mexicanos no les entrasen por alguna de ellas, y esto guardaron siempre sin quebrantar la palabra que de ello dieron hasta que vino Cortés y los quitó de litigios.

Con este continuo cuidado que los tlaxcaltecas tenían de guardar sus tierras nunca se las entraron los mexicanos, aunque muchas veces lo pretendieron; y muchas veces sucedía en los reencuentros que tenían quedar ricos de despojos; porque de otra manera ni alcanzaban oro ni plata ni otra cosa que fuese de riqueza. También sucedía que algunas veces se confederaban y tenían treguas por algunas causas que se les ofrecían, como

entre nosotros y otras naciones del mundo acontece; y de aquí resultaba haber algo más de lo ordinario. Y esto que se dice de estos tlaxcaltecas, decimos también de los huexotzincas y otras provincias entre sí con los mexicanos; pero eran muy fáciles en desavenirse; y por esto volvían a enemistarse y ser unos contra otros. Esto digo porque en lo que dejo dicho atrás parecerá que en algunas cosas de éstas puede haber contradición; pero podrálas excusar el que la pensare con haber oído lo dicho. Y en estas ocasiones (que solían durar por alguna temporada) los señores mexicanos y tetzcucanos enviaban a los nobles de la república grandes presentes y dádivas de oro, ropa, cacao, sal y otras cosas de las que en aquellos tiempos usaban; y esto era con mucho recato y sin que la gente plebeya lo supiese ni entendiese; y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debían los unos a los otros; mas con todos estos trabajos jamás se dejaba de gobernar la república con la rectitud de costumbres que tenían, guardando inviolablemente el culto de sus falsos dioses y preciándose de no reconocer a ningún rey mexicano por señor, teniéndose por señores de su república ellos; y de esta manera se conservaron hasta que entró en el imperio Motecuhzuma, el segundo de este nombre.

CAPÍTULO LXXI. *De cómo el rey Motecuhzuma, al segundo año de su reinado, hizo mover guerra contra los de Tlaxcalla, y lo que sucedió*

A CUANDO MOTECUHZUMA había un año que reinaba se hallaban los mexicanos casi señores de toda la monarquía de este nuevo mundo. Sólo sentía su rey no verse reconocido de los de la provincia de Tlaxcalla (que en comparación de lo que tenía por suyo y a su obediencia, no era de ducientas partes una), y sentido de que solos éstos tuviesen libertad y viendo su gran poder echó bando, que todos los sujetos a Mexico saliesen en cierto día señalado a dar combate a los de Tlaxcalla, cercándoles la provincia por todas partes; pareciéndole que con este tan gran poder serían vencidos y asolados, o se darían a partido viéndose tan oprimidos y apretados. Eran en esta sazón los que gobernaban esta república cuatro hombres de grande autoridad y muy guerreros. El de la cabecera de Ocotelolco se llamaba Maxixcatzin, el de Tizatla, Xicotencatl y el de Quiahuiztlan, Teohuayyacatzin y el de Tepeticpac, Tlehuexolotzin. Éstos tenían todo el gobierno de esta república (como en otra parte decimos) y de éstos pendían todos los demás señores que había en ella, no faltándoles en nada.

Oído el bando de Motecuhzuma, que corrió muy apriesa por toda la tierra de su imperio, salió luego al cumplimiento de él Tecayahuatzin, señor de la ciudad y provincia de Huexotzinco y para hacer mejor su hecho se confederó con los cholultecas, que juntos los unos con los otros vinieron publicando guerra a fuego y sangre. También se quisieron valer en esta